

Upia, y las de Gachalá, por Guaiacaramo y Medina.

La primera, en su descenso al Llano y como la mejor que en su plano puede elegirse, ha sido trazada por las sabanas comprendidas entre los ríos Túa y Upia, para fijar su puerto, distante unas 22 leguas de la cordillera, abajo de la boca del caño "La Cuchara" o sea más abajo de la confluencia del Upia; atraviesa un terreno poco fértil, desierto y en su mayor parte, formado por cañadas, esteros, lagunas y extensos zulares, especialmente desde el punto llamado La Libertad, en adelante.

Las dos segundas no tienen trazado alguno conocido todavía, pero debiendo ella fijar su enlace fluvial en Cabuyaro, recorren una extensión de 12 y 16 leguas, mas o menos por llano también deshabitado y la última no puede evitar en su trayecto los graves inconvenientes del cruzamiento de los ríos Gasanta y Cabuyaro y el de los caños de naguaya y Yarico.

Todos ellas se hallan actualmente muy solitarias o deshabitadas desde Macanal y Gachalá hacia el Meta y su travesía en los ramales de la cadena de los Andes no puede ser de mayor acceso que la de Villavicencio; y aun cuando es evidente que la sola presencia de un ferrocarril impulsa y atrae, fecundiza con prodigio el movimiento que le es necesario para su mismo combustible, consumo o servicio, tal confianza nunca aconseja del todo la aventura para jugar un capital de tamaña magnitud.

Si la casa de los señores Pineda Lopez, Samper, Castillo & C. llegare a sentirse animada en favor de la redentora obra del ferrocarril oriental, no suponemos iniciación práctica alguna, sin que antes o primeramente haya ella consultado, sobre el terreno mismo, los inconvenientes o ventajas, los desahucios o atractivos de la empresa, sin que un previo y detenido estudio haya formado su determinación por la vía de Macanal, Gachalá o Villavicencio.

MARIO E. CUBILLOS

Filial obsequio

"Desde el principio pertenecí yo al Señor" dijo Salomón en los proverbios. Estas palabras se aplican literalmente a la Sma. Virgen, cuyo conocimiento y posesión Dios se había reservado para sí mientras viviese ella en este mundo, siendo esta la otra razón del silencio solemne que la circunda: nada se dice de las oraciones llenas de unción que María derramara ante el Señor su criador y generoso bienhechor; su divino hijo la trata como a extraña y la llama "mujer". En fin el Espíritu Santo la proclama "fuente sellada" en que El solo puede entrar.

María coronada en el cielo había de ser de y para todos los hombres, madre, abogada, mediadora.

María sufrida, obediente, humilde en la tierra: Dios Todopoderoso se la reservó para sí solo.

NOS, JOSE Ma. GUIOT

S. M. NI.

por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Augustopolis y Vicario Apostólico de los Llanos de San Martín. A nuestros amados Misioneros y Carismos Hijos. Bendición y Salud en Jesucristo N. S. y su Santa Madre.

Carísimos hijos:

La proximidad del día consagrado por la Iglesia al recuerdo de la venida del Espíritu Santo sobre María Santísima y los Apóstoles, nos invita a reanudar la serie de cartas que, sobre la tercera Persona de la Santísima Trinidad venimos dirigiéndonos desde los primeros días de nuestro Episcopado.

En la última que, sobre tan importante tema, os fué leída, como preparación inmediata a la celebración de la Pentecostés de 1913, os hablamos carísimos hijos, sobre los dones del Espíritu Santo en general, explicando os su naturaleza con términos sencillos con el fin de poner tan sublimes conceptos y verdades al alcance de todas las inteligencias. Os decíamos, entre otras cosas, que los dones del Divino Amor eran como siete disposiciones que Dios infundía en el corazón de sus hijos regenerados por la gracia santificante para hacerlos dóciles y obedientes, a la moción o fuerza divina, que llamamos gracia y es el principio exterior que nos mueve hacia Dios. Una comparación os hará comprender la verdad que encierran nuestras palabras:

El imán atrae a sí el acero o hierro, para lo cual es preciso que aquel sea puesto a conveniente distancia de los metales señalados, y que estos tengan la disposición o simpatía que les haga obedientes a las sollicitaciones del imán.

Dios Nuestro Señor es el imán de nuestros corazones atrayéndonos a sí, sobre todo desde que elevado en la cruz fué puesto en estado y a distancia conveniente para atraer a los mismos pecadores, como así se verificó en la persona del buen ladrón y como había sido profetizado cuando se dijo que "adonde se hallaría el el Divino cuerpo del Salvador, allí concurrirían las águilas es decir las almas sublimes" y que una vez crucificado nadie, que tuviera buena voluntad, había de resistir a la atracción que ejerciese sobre él.

Ahora bien, ese divino imán que tiene fuerza para atraer a sí todo corazón humano ve su acción, a veces, paralizada, porque en algunos, como también en el metal, faltan condiciones internas o interiores que hagan efectivas excitaciones en sí imperiosas y, en cierto sentido, de éxito necesario.

En una palabra, como os veníamos enseñando entonces, los dones del Espíritu Santo "son perfecciones que de Dios vienen, y que Dios al hombre da, para perfeccionar su alma

y hacerla dócil y expedita no a las impresiones de la fe si a los impulsos del Paráclito".

El Catecismo, luego, nos enseña que siete son los dones del Espíritu Santo. El de sabiduría, el primero, se define así:

"Una gracia que nos separa de las cosas del mundo y nos hace gustar y amar las cosas de Dios".

Consta, pues, de tres momentos el don de sabiduría.

Con la ayuda de María Santísima, Trono de la Sabiduría, Madre de la Sabiduría Encarnada, os explicaremos de distintas maneras el papel de ese don precioso e indispensable para atender al llamamiento divino.

Si consideráramos la gracia de Dios como un imán irresistible que se presenta a nuestros corazones, puede darse el caso de que el afecto a los bienes terrenales y honores mundanos, sobre todo el apego a los placeres carnales sea, como dice la Escritura, una capa de grasa que impida el efecto que infaliblemente resulta del contacto de la gracia con corazones purificados y desprendidos. No existiendo, pues, el obstáculo indicado y, separada el alma de las cosas del mundo por el don de sabiduría, el cristiano gusta y ama las cosas de Dios.

Otro ejemplo todavía mas apropiado al don que nos ocupa. Sabiduría viene de saber, es un don por el cual, para emplear las palabras de los doctores y maestros de la vida espiritual, se saborean y aprecian los frutos de la penitencia, de la mortificación, de la comunión y demás Sacramentos, incluyendo en ellos el del Matrimonio; don por el cual se saborea la vida cristiana con sus exigencias y consuelos.

Esa vida tan dulce, tan agradable para los Santos, por qué no tiene atractivos para nosotros, aun para quienes pretendemos seguir las huellas del Divino Salvador? No nos atrae, nos repugna, amados hijos, por que la fiebre de las pasiones nos tiene el paladar del alma como envenenado. Así como al enfermo todo le es amargo, no porque sea el alimento amargo en sí, sino por la amargura que le llena la boca, así carísimos hijos, amargas nos parecen las penitencias, las oraciones, la devoción, en general, porque el demonio y la carne nos tienen envenenado el sentido cristiano.

El don de Sabiduría, pues, ajusta nuestro gusto a la realidad exterior, y nos hace paladar y luego apetecer las cosas celestiales; de suerte que la repugnancia nuestra sea mas bien para los frutos que produce el mundo que en él cultiva el enemigo de todo bien.

En los días de esta novena pedid a Dios, hijos míos, y a El por Jesús y a Jesús por María, el don de Sabiduría, cuyos frutos son la paz espiritual que aunque en otro orden, será algo como el bienestar corporal que tiene el hombre bueno de salud, la rectitud en el juicio y la fuerza para obrar de conformidad con el conocimiento que se tiene de las cosas.

Profundizando el argumento que ve-